

del pensamiento, que distingue á los pueblos que le profesan. Así es de notar, que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado por decirlo así á familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero, se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese Proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinión, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento, y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA TERCERA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi querido amigo: cuando, según me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino á la discusión, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusión era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de más que mediana instrucción, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque

cuando menos ha producido un gran bien, cual es, el que V. se explica sobre este particular de tal modo, que revelando mucho buen sentido, me hace concebir grandes esperanzas de que no serán estériles mis esfuerzos. Una y mil veces he leído aquellas juiciosas palabras de su apreciada, en las que expone el punto de vista bajo el cual considera esta importante verdad. Permítame V. que se las reproduzca en la mía, y que le recomiende encarecidamente que no las olvide jamás. «Nunca me he devanado mucho los sesos en buscar pruebas de la existencia de Dios: la historia, la física, la metafísica servirán para esta demostración todo lo que se quiera, pero yo confieso ingenuamente que para mi convicción no he menester tanto aparato científico. Saco la muestra de mi faltriquera, y al contemplar su curioso mecanismo y su ordenado movimiento, nadie sería capaz de persuadirme que todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo de un artífice: el universo vale, á no dudarlo, algo más que mi muestra, alguien pues debe de haber que lo haya fabricado. Los ateos me hablan de casualidad, de combinaciones de átomos, de naturaleza, y de qué sé yo cuántas cosas; pero sea dicho con perdón de estos señores, todas estas palabras carecen de sentido.» Nada tengo que advertir á quien con tanto pulso aprecia el valor de los dos sistemas; estas palabras tan sencillas como profundas, las estimo yo en más que un tomo lleno de razones.

Pasando al punto de que me habla V. en su apreciada, comenzaré por decirle que me ha hecho gracia el que V. abra la discusión religiosa, atacando el dogma de la eternidad de las penas. No esperaba yo que acometiera V. tan pronto por este flanco; y vaya dicho entre los dos, esta anomalía me ha dado á entender que V. le ha cobrado al infierno un poquito de miedo. La cosa no es para menos; y el negocio es grave, urgente; de aquí á pocos años hemos de saber por experiencia propia lo que hay sobre este particular, y dice V. muy bien, que «para los que se en-

gañan en esta materia, el chasco debe de ser pesado en demasia.»

No tengo dificultad en abordar por este lado las cuestiones religiosas; pero no puedo menos de observar que no es este el mejor método para dejarlas aclaradas cual conviene. Las doctrinas católicas forman un conjunto tan trabado, y en que se nota tan recíproca dependencia, que no se puede desechar una sin desecharlas todas; y al contrario, admitidos ciertos puntos capitales, es imposible resistirse á la admisión de los demás. Sucede muy á menudo, que los impugnadores de esas doctrinas escogen por blanco una de ellas, tomándola en completo aislamiento, y amontonando las dificultades que de suyo presenta, atendida la flaqueza del entendimiento del hombre. «Esto es inconcebible, exclaman, la religión que lo enseña no puede ser verdadera;» como si los católicos dijésemos que los misterios de nuestra religión están al alcance del hombre; como si no estuviéramos asegurando continuamente que son muchas las verdades á cuya altura no puede elevarse nuestra limitada comprensión.

Al leer ú oír la relación de un fenómeno ó suceso cualquiera, nos informamos ante todo de la inteligencia y veracidad del narrador; y en estando bien asegurados por este lado, por más extraña que la cosa contada nos parezca, no nos tomamos la libertad de desecharla. Antes que se hubiese dado la vuelta al mundo, pocos eran los que comprendían cómo era posible que volviese por oriente la nave que había dado la vela para occidente; pero ¿bastaba esto para resistirse á dar crédito á la narración de Sebastián de Elcano, cuando acababa de dar cima á la atrevida empresa del infortunado Magallanes? Si levantándose del sepulcro uno de nuestros mayores, oyera contar las maravillas de la industria en los países civilizados ¿debería por ventura andar mirando detalladamente la relación que se le hace de las funciones de esta ó aquella máquina, de los agentes que la impulsan, de los artefactos que produce, y desechar en seguida lo que á él le pareciera

se incomprendible? Por cierto que no: y procediendo conforme á razón y á sana prudencia, lo que debiera hacer fuera asegurarse de la veracidad de los testigos, examinar si era posible que ellos hubiesen sido engañados, ó si podrían tener algún interés en engañar, y cuando estuviese bien cierto que no mediaba ninguna de estas circunstancias, no podría sin temeridad rehusar el asenso á lo que se le refiriera, por más que á él le fuera inconcebible, y le pareciese que pasaba los límites de la posibilidad.

De una manera semejante conviene proceder cuando se trata de materias religiosas: lo que se debe examinar es, si existe ó no la revelación, y si la Iglesia es ó no depositaria de las verdades reveladas: en teniendo asentadas estas dos bases, ¿qué importa que este ó aquel dogma se muestren más ó menos plausibles; que la razón se halle más ó menos humillada, por no llegar á comprenderlos? ¿Existe la revelación? ¿Esta verdad es revelada? ¿Hay algún juez competente para decidirlo? ¿Qué dice sobre el dogma en cuestión el indicado juez? He aquí el orden lógico de las ideas, he aquí el orden lógico de las cuestiones, he aquí la manera de ilustrarse sobre estas materias: lo demás es divagar, es exponerse á perder tiempo en disputas que á nada conducen.

Lejos de mí el intento de huir por medio de estas observaciones, el cuerpo á la dificultad; pero nunca habrá sido fuera del caso el emitirlas para que se tengan presentes cuando sea menester. Voy al punto de la dificultad. Dice V. que «se le hace muy cuesta arriba el dar crédito á lo que nos están diciendo los predicadores sobre las penas del infierno, y que repetidas veces ha oído cosas que de puro horribles rayaban en ridículas.» Resérvome para más allá el decirle á V. cosas curiosas sobre esos horrores; por ahora, y no sabiendo á punto fijo cuáles son los motivos de queja que tiene V. sobre el particular, me contentaré con advertir que nada tiene que ver el dogma católico con esta ó aquella ocurrencia que haya podido venirle á un orador. Lo que enseña la Iglesia es, que *los que mueren*

en mal estado de conciencia, es decir en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin. He aquí el dogma; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas, no es de fe: pertenece á aquellos puntos sobre los que es lícito opinar en diferentes sentidos, sin apartarse de la fe católica. Lo que sí sabemos, pues que la Escritura lo dice expresamente, es, que estas penas serán horrosas: y bien, ¿para qué necesitamos saber lo demás? ¿penas terribles y sin fin!.... ¿no basta esta sola idea para dejarnos con escasa curiosidad sobre el resto de las cuestiones que aquí se puedan ofrecer?

«¿Cómo es posible, dice V., que un Dios infinitamente misericordioso castigue con tanto rigor?» ¿Cómo es posible, contestaré yo, que un Dios infinitamente justo, no castigue con tanto rigor, después de haber procurado llamarnos al camino de la salvación por los muchos medios que nos proporciona durante el curso de nuestra vida? Cuando el hombre ofende á Dios, la criatura ultraja al Criador, el ser finito al ser infinito; esto reclama pues un castigo en cierto modo infinito. En el orden de la justicia humana es más ó menos criminal el atentado, según es la clase y la categoría de la persona ofendida: ¿con qué horror no es mirado el hijo que maltrata á sus padres? ¿qué circunstancia más agravante que la de ofender á una persona en el acto mismo en que nos está dispensando un beneficio? Pues bien, aplíquense estas ideas; adviértase que en la ofensa del hombre á Dios, hay la rebelión de la nada contra un ser infinito, hay la ingratitud del hijo con el padre, hay el desacato del súbdito contra su supremo Señor, de una débil criatura contra el Soberano del cielo y tierra: ¡cuántos motivos para afear la culpa! ¡cuántos títulos para aumentar la severidad de la pena! Por un simple acto contra la vida ó la propiedad de un individuo castiga la ley humana al reo con la pena de muerte: es decir, con la mayor de las penas que sobre la tierra existen, esforzándose en cierto modo en aplicar un castigo infinito,

pues que priva al ajusticiado de todos los bienes de la sociedad para siempre; ¿por qué pues el Juez Supremo no podrá castigar también al culpable con penas que duren para siempre? Y nótese bien, que la justicia humana no se satisface con el arrepentimiento; consumado el crimen le sigue la pena, y no basta que el criminal haya mudado de vida; Dios pide un corazón contrito y humillado; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y no descarga sobre el delincuente el golpe fatal, sin haberle puesto á la vista la vida y la muerte, sin haberle dejado la elección, sin haberle ofrecido la mano con cuya ayuda pudiera apartarse del borde del precipicio. ¿A quién pues podrá culpar el hombre sino á sí mismo? ¿Qué tienen de repugnante, ni de cruel esas ideas? Fácil es alucinar á los incautos, pronunciando enfáticamente los nombres de *eternidad de penas*, y de *misericordia infinita*; pero examínese á fondo la materia; atiéndase á todas las circunstancias que la rodean, y se verán desaparecer como el humo las dificultades que á primera vista se habían ofrecido. El secreto de los sofismas más engañosos consiste en el artificio de presentar los objetos no más que por un lado; de aproximar de golpe dos ideas, que si parecen contradictorias, es porque no se atiende á las intermedias que las entazan y hermanan. Es fácil observar, que los autores más célebres entre los enemigos de la religión resuelven á menudo las cuestiones más graves y complicadas, con una salida ingeniosa, ó una reflexión sentimental. Ya se ve, como todas las cosas presentan tan diferentes aspectos, no es difícil á un ingenio perspicaz coger dos puntos cuyo contraste hiera vivamente el ánimo de los lectores; y si á esto se añade algo que pueda interesar el corazón, no cuesta mucho trabajo dar al traste en el ánimo de los incautos, con el sistema de doctrinas más bien cimentado.

Ya que acabo de mentar el sentimentalismo, no puedo pasar por alto el abuso que se hace de este linaje de argumentos, dirigiéndose al corazón en muchos casos en que sólo se debe hablar al entendimiento. Así en el asunto que

nos está ocupando, ¿cómo resiste un corazón sensible al horrendo espectáculo de un infeliz condenado á padecer para siempre? Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; y en esto, como en todas las proposiciones demasiado generales, hay una parte de verdad y otra de falsedad; porque si bien es cierto que en muchas cosas es el sentimiento un excelente auxiliar para comprender á fondo ciertas verdades, también lo es que no debe nunca tomarse por principal guía, y que no se le ha de permitir jamás que llegue á dominar los eternos principios de la razón. Los derechos y deberes de padres é hijos, de marido y mujer, y todas las relaciones de familia, no se comprenderán quizás tan perfectamente si analizados á la sola luz de una filosofía disecante, no se escuchan al propio tiempo las inspiraciones del corazón; pero en cambio, también se trastornarán los sanos principios de la moral, y se introducirá el desorden en las familias, si prescindiendo de los severos dictámenes de la razón, sólo nos empeñamos en regirnos por lo que nos sugiere la volubilidad de nuestros afectos.

Mucho me engaño, si no se encuentra aquí uno de los más fecundos manantiales de los errores de nuestra época. Si bien se observa, el espíritu humano está atravesando un período, que tiene por carácter distintivo el desarrollo simultáneo de todas las facultades. Estas pierden quizá bajo ciertos aspectos, absorbiendo la una gran porción de las fuerzas y energía que en otra situación corresponderían á las otras; pero la que gana indudablemente es el sentimiento; no en la parte que tiene de desprendimiento y elevación, sino en cuanto es un placer, un goce del alma. Así notamos que no prevalece en la literatura la imaginación, ni tampoco el discurso, sino el sentimiento en sus más raros y extravagantes matices, llamando en su auxilio la razón y la fantasía, no como amigos, sino como dependientes. De donde resulta que la filosofía se resiente también del mismo defecto; y que de su tribunal rara vez salen bien librados los austeros principios de la moral

eterna. Este sentimiento muelle se esfuerza en divinizar el goce, busca una excusa á todas las acciones perversas, califica de deslices los delitos, de faltas las caídas más ignominiosas, de extravíos los crímenes, procura desterrar del mundo toda idea severa, ahoga los remordimientos, y ofrece al corazón humano un solo ídolo, el placer; una sola regla, el egoísmo.

Ya ve V., mi querido amigo, que la existencia del infierno no se aviene con tanta indulgencia; pero el error de los hombres no destruye la realidad de las cosas; si el infierno existía en tiempo de nuestros padres, existe todavía en el nuestro; y en nada inmutan el hecho, ni la austeridad de los pensamientos de los antepasados, ni la indulgencia y molicie de los nuestros. Cuando el hombre se separe de esta carne mortal se encontrará en presencia del Supremo Juez, y allí no llevará por defensor el mundo. Estará solo, con su conciencia desplegada, patente á los ojos de Aquel, á cuya vista nada hay invisible, nada que pueda ocultarse.

Estas reflexiones sobre la relación entre el carácter del desarrollo del espíritu humano en este siglo, y las ideas que han cundido en contra de la eternidad de las penas, son susceptibles de muchas aplicaciones á otras materias análogas. El hombre ha creído poder cambiar y modificar las leyes divinas, del modo que lo hace con la legislación humana; y como que se ha propuesto introducir en los fallos del Soberano Juez la misma suavidad que ha dado á los de los jueces terrenos. Todo el sistema de legislación criminal tiende claramente á disminuir las penas, haciéndolas menos afflictivas, despojándolas de todo lo que tienen de horroroso, y economizando al hombre los padecimientos tanto como es posible. Más ó menos, todos cuantos en esta época vivimos, estamos afectados de esta suavidad: la pena de muerte, los azotes, todo cuanto trae consigo una idea horrorosa ó afflictiva, es para nosotros insuportable, y se necesitan todos los esfuerzos de la filosofía, y todos los consejos de la prudencia, para que se conserven en los

códigos criminales algunas penas rigurosas. Lejos de mi el oponerme á esta corriente: y ojalá fuera este el día en que la sociedad no hubiese menester para su buen orden y gobierno el hacer derramar sangre ni lágrimas; pero quisiera también que no se abusase de este exagerado sentimentalismo, que se notase que no es todo filantropía lo que bajo este velo se oculta, y que no se perdiese de vista que la humanidad bien entendida, es algo más noble y elevado que aquel sentimiento débil y egoísta, que no nos permite ver sufrir á los otros, porque nuestra flaca organización nos hace partícipes de los sufrimientos ajenos. Tal persona se desmaya á la vista de un desvalido, y tiene las entrañas bastante duras para no alargarle una pequeña limosna. ¿Qué son en tal caso la sensibilidad y la humanidad? la primera, un efecto de la organización; la segunda, puro egoísmo.

Pero no mira Dios las cosas con los ojos del hombre, ni están sometidos sus inmutables decretos á los caprichos de nuestra enfermiza razón: y no cabe mayor olvido de la idea que debemos formarnos de un Ser eterno é infinito, que el empeñarnos en que su voluntad se haya de acomodar á nuestros insensatos deseos. Tan acostumbrado está el presente siglo á excusar el crimen, á interesarse por el criminal, que se olvida de la compasión que con título, sin duda más justo, es debida á la víctima; y de buena gana dejaría á ésta sin reparación de ninguna clase, con el solo objeto de ahorrar á aquél los sufrimientos que tiene merecidos. Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo; nosotros responderemos, que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con el buen orden del universo, la falta de este castigo; diremos que el mundo estaría encomendado al acaso, que en gran parte de sus acontecimientos se descubriera la más repugnante injusticia, si no hubiese un Dios terriblemente vengador, que está esperando al culpable más allá del sepulcro, para pe-

dirle cuenta de su perversidad durante su peregrinación sobre la tierra.

Y qué! ¿no vemos á cada paso ufana y triunfante la injusticia, burlándose del huérfano abandonado, del desvalido enfermo, del pobre andrajoso y hambriento, de la desamparada viuda, é insultando con su lujo y disipación la miseria y demás calamidades de esas infelices víctimas de sus tropelias y despojos? ¿No contemplamos con horror padres sin entrañas, que con su conducta disipada, llenan de angustia la familia de que Dios les ha hecho cabezas, llevando al sepulcro á una consorte virtuosa, dejando á sus hijos en la miseria, y no transmitiéndoles otra herencia que el funesto recuerdo y los dañosos resultados de una vida escandalosa? ¿No se encuentran á veces hijos desnaturalizados, que insultan cruelmente las canas de quien les diera el ser, que le abandonan en el infortunio, que no le dirigen jamás una palabra de consuelo, y que con su desarreglo y su insolente petulancia abrevian los días de una afligida ancianidad? ¿No se hallan infames seductores que después de haber sorprendido el candor y mancillado la inocencia, abandonan cruelmente á su víctima, entregándola á todos los horrores de la ignominia y de la desesperación? La ambición, la perfidia, la traición, el fraude, el adulterio, la maledicencia, la calumnia y otros vicios que tanta impunidad disfrutan en este mundo, donde tan poco alcanza la acción de la justicia, donde son tantos los medios de eludirla y sobornarla, ¿no han de encontrar un Dios vengador que les haga sentir todo el peso de su indignación? ¿no ha de haber en el cielo quien escuche los gemidos de la inocencia cuando demanda venganza?

Que no es verdad, no, que el culpable experimente ya en esta vida todo lo bastante para el castigo de sus faltas; atorméntanle, sí, los remordimientos roedores, agréganse las enfermedades que sus desarreglos le han acarreado, abrumánle las desastrosas consecuencias de su perversa conducta; pero tampoco le faltan medios para embotar al-

gún tanto el punzante estímulo de su conciencia, tampoco carece de artificios para neutralizar los malos efectos de sus bacanales, tampoco escasea de recursos para salir airoso de los malos pasos á que sus extravíos le conducen. Y además, ¿qué son estos padecimientos del malvado en comparación de los que sufre también el justo? Las enfermedades le abrumán, la pobreza le acosa, la maledicencia y la calumnia le denigran, la injusticia le atropella, la persecución no le deja sosiego; las tribulaciones de espíritu se agregan también, y semejante al divino Maestro sufre en esta vida los tormentos, las angustias, el oprobio de la cruz. Si su paciencia es mucha, si acierta á resignarse como verdadero cristiano, hace algún tanto más llevaderos sus padecimientos; pero no deja por esto de sentirlos, y á menudo más duros de los que han caído sobre el hombre manchado con cien crímenes. Sin las penas y los premios de la otra vida ¿dónde está la justicia? ¿dónde la Providencia? ¿dónde el estímulo para la virtud, y el freno para el vicio?

Pregúntame V., mi estimado amigo, si comprendo perfectamente, cuál es el objeto que Dios se pueda proponer en prolongar por toda la eternidad las penas de los condenados; y adelántase á contestar á la razón que podría señalarse de que así se satisface la divina Justicia, y se aparta á los hombres del camino del vicio, con el temor de tan horrendo castigo. Dice V. por lo tocante al primer punto, «que jamás ha podido concebir la razón de tanto rigor; y que aun cuando no deja de columbrar la relación que existe entre la eternidad de la pena, y la especie de infinidad de la ofensa por la cual se impone, sin embargo le queda todavía alguna obscuridad que no acierta á disipar.» Muy errado anda V., mi apreciado amigo, si se imagina que á todos los demás no les sucede lo mismo; pues que sabido es, que el entendimiento humano se anubla, tan luego como toca en los umbrales de lo infinito. De mí sabré decir, que tampoco concibo estas verdades con entera claridad; y que por más firme certeza que de ellas abrigue, no pue-